

CAPÍTULO IV.

EL ÁNGEL DEL CONSUELO (CONTINUACIÓN).

Hubiera sido un excelente asunto para un pintor que hubiera podido copiar fielmente la expresión de las figuras, la del sacerdote, que desde el umbral de la puerta extendía sus dos manos en señal de bendición sobre aquellas dos jóvenes estrechamente abrazadas.

— Salud, hermanas mías, dijo el monje dirigiéndose á las dos jóvenes; pero inclinándose más particularmente á Carmelita, con esa deferencia y respeto propio para una viuda.

Las dos jóvenes saludaron á su vez: Fresolina levantándose; Carmelita inclinando la cabeza, porque su pobre cuerpo estaba tan débil, que apenas podía pensar en sostenerse en pie aún, durante algunos días.

Fresolina acercó un asiento al monje.

Éste, á su vez, dió gracias á Fresolina con la cabeza, y se contentó con apoyar una de sus manos en el respaldo del asiento.

— Hermana mía, dijo, vengo de una larga y dolorosa peregrinación: vengo del castillo de Penhoel.

Á estas palabras, las mejillas de Carmelita se cubrieron de tal palidez, que Fresolina, que estaba de pie á su lado, cayó de rodillas, estrechándola las manos entre las suyas.

— Hermana mía, la dijo, acuérdate de tu promesa.

— Del castillo de Penhoel, murmuró Carmelita. Entonces, ¿habréis visto al conde?

— Sí, hermana mía.

— ¡ Oh ! desventurado padre, exclamó Carmelita, comprendiendo que había debido existir para otro corazón un dolor, si no mayor, por lo menos tan grande como el suyo.

El sacerdote comprendió todo lo que pasaba en el alma de aquella mujer, y de qué crueles angustias era presa su corazón.

— El conde de Penhoel, dijo, es un digno y noble padre. Os compadece, hermana mía, y yo os traigo su bendición.

Carmelita lanzó un grito; tuvo suficiente fuerza para levantarse y caer de rodillas á los pies del monje.

— ¡ Ah ! ¡ padre mio ! ¡ padre mio ! dijo deshaciéndose en llanto ; ¡ no me ha maldecido !...

No pudo seguir ; sus ojos se cerraron ; su rostro se puso blanco como el alabastro ; cayeron sus brazos sobre los cojines del sofá ; doblóse su cabeza sobre el hombro, y lanzando un débil suspiro, quedó inmóvil, como si la muerte la hubiera sorprendido repentinamente.

— ¡ Dios mio ! dijo el monje aterrado al ver el rostro inanimado de la joven ; vais á hacer de vuestro siervo un nuevo mensajero de la muerte.

Fresolina tenía á mano las sales de que solía hacer uso en semejantes casos, porque los desmayos de Carmelita solían ser bastante frecuentes.

Hízola respirar algunas ; pero al ver la inutilidad de estos medios, frotóla las sienes con vinagre.

El desmayo continuaba, y nada indicaba que Carmelita volviera en sí.

Fresolina se dirigió á la mesa y tomó de ella un frasco, de cuyo contenido se servía en los casos extremos.

Era el ácido acético, con el que acostumbraba frotar el

pecho, cuando los desmayos se prolongaban de un modo alarmante.

— Padre mío, ¿tendréis la bondad de pasar á la habitación inmediata? dijo al monje.

— Me voy, hermana mía, dijo el dominico; me esperan en mi casa, y sólo por cumplir con un deber que consideraba como sagrado, es por lo que hoy he venido. Haced que me perdone el haberla dicho con tan poca precaución las palabras del padre de mi amigo.

Poniéndola después en la mano la reliquia que había recibido del conde de Penhoel, y explicado en breves palabras á Fresolina todo su valor, dejó entregada á la joven á su piadosa ocupación.

Algunas fricciones bastaron para devolver la vida á aquel cuerpo inmóvil, y que parecía inanimado.

Carmelita volvió en sí, y en cuanto abrió los ojos, buscó con la vista al monje dominico.

— ¿Dónde está? preguntó admirada. ¿Habrá tal vez sido un sueño?

— No, dijo Fresolina, estaba aquí.

— Domingo, ¿no es verdad?

— Sí.

— ¿Qué ha sucedido?

— Te has desmayado, y por discreción se ha retirado.

— ¡Oh! quisiera volverle á ver, exclamó Carmelita.

— Le volverás á ver; pero mañana, más tarde; cuando tengas fuerza para escucharle y para responderle.

— ¡Oh! estoy fuerte, estoy fuerte, dijo Carmelita. Piensa que tenía que preguntarle por mil detalles. ¿No ha sido el último que se separó de él? ¿Dónde está? ¿Dónde reposa? ¿Iremos, Fresolina, no es verdad, en peregrinación, á visitar su tumba?

— Sí, hermana mía, sí, pero tranquilízate.

— ¿No me ha hablado de su padre? ¿No me ha dicho que me había perdonado, que me había bendecido?

— Sí, te ha perdonado, te ha bendecido. Ya ves que Dios está contigo.

— ¡Oh! dijo Carmelita volviendo á caer sobre el sofá; ¡que no fuera yo la que estuviera con él!

Y juntando las manos oró en voz baja, moviendo apenas los labios, pero sin que se oyesen sus palabras.

— Eso es, dijo Fresolina; ora, hermana mía; en la oración hallarás consuelo, tranquilidad y fortaleza. Ora; cierra tus bellos ojos y trata de dormir.

— ¿Y puedo acaso? preguntó Carmelita; mira, coge mi mano.

— Está calenturienta.

— Sin la fiebre, Fresolina, me parece que no viviría.

Fresolina se puso de rodillas delante de su amiga, y estrechando las manos de Carmelita entre las suyas:

— Hermana mía, la dijo, ¿dónde está esa fuerza de que tan orgullosa te mostrabas hace poco? La primera palabra te ha doblado como á un arbusto; te ha agobiado como á una flor. No me has engañado; pero te engañas á ti misma, hermana mía. No eres tan fuerte como crees serlo.

— Me había preparado para el dolor y no para la alegría, Fresolina. Hubiera sido fuerte contra el dolor, y he sido débil contra la alegría.

— ¡Pobre amiga mía!

Carmelita apretó convulsivamente las manos de Fresolina.

— Ha dicho que volvería, ¿no es verdad?

— Sí.

— ¿Cuándo?

— Pronto... pero...

— ¿Pero qué?

— Para que esperases más tranquilamente su vuelta...

— ¿Y bien?

— Me ha dejado una cosa para ti.

Esta vez, Fresolina, como se ve, sólo avanzaba paso á paso. Temía sobreviniera una segunda crisis, que en el estado de debilidad en que Carmelita se hallaba, podía ser mucho más grave que la primera.

— ¿Alguna cosa para mí? exclamó Carmelita. ¡Oh! dámela, dámela pronto.

— ¡Oh! aguarda un poco, dijo Fresolina, pasando su brazo alrededor del cuello de Carmelita y abrazándola.

— ¿Por qué esperar, Fresolina?

— Porque... dijo la joven, porque...

Y dudó.

— ¿Por qué? repitió Carmelita.

— Porque es una felicidad, y deseo prepararte á ella.

— ¡Dios mío! me haces morir.

— Para hacerte revivir mejor, querida hermana.

— ¡Dimelo pronto!... te lo suplico; ¿qué te ha dejado para mí el bueno del dominico?

— Un regalo.

— ¿Un regalo para mí! preguntó admirada Carmelita.

— Un regalo que te hace el conde de Penhoel, un don precioso... un tesoro.

Y sonreía á cada palabra, con una sonrisa de ángel.

— Fresolina, te lo vuelvo á suplicar, dijo casi impaciente Carmelita, dame lo que te han encargado que me entregaras.

— Déjame tratarte como á un niño, Carmelita.

Carmelita dejó caer la cabeza sobre el pecho.

— Haz lo que quieras, dijo, pero no abuses de mis fuerzas.

— Ya estás abatida: no tardarás en estar tranquila: de ahí á la sangre fría no hay más que un paso. Quiere, y serás fuerte.

— Mira, ¿ves? dijo Carmelita.

Y sonrió á Fresolina.

— ¿Qué más quieres? continuó; tienes razón. Voy por el tiempo que á ti se te antoje á reclinar mi cabeza en tu seno, y sólo al cabo de un cuarto de hora por lo menos me darás el regalo del conde de Penhoel...

Hizo un esfuerzo, y añadió sonriendo:

— Del padre de Colombán.

— Vamos, dijo Fresolina sonriendo á su vez, eres una heroína y no te haré esperar.

Y se levantó; pero ahora fué Carmelita quien la detuvo.

— Fresolina, mi noble y santa Fresolina, ¿quién te ha enseñado mejor que á los más célebres médicos esa ciencia del corazón, con la cual curas mis heridas? ¡Ah! en tanto que estés á mi lado, la vida me parecerá dulce y llevadera.

— Vamos, dijo Fresolina, es preciso recompensar al niño por su obediencia.

Y soltando dulcemente la mano de su amiga, fué á buscar detrás del sofá, en una pequeña caja de palo de rosa, donde la habia dejado, la reliquia del conde, y presentando á Carmelita el papel abierto:

— Su madre, dijo repitiendo las propias palabras de conde, los cortó de su cabeza el día mismo de su nacimiento.

— ¡Dios bondadoso! exclamó Carmelita saltando sobre

el bucle de cabellos, como lo hiciera una leona sobre sus cachorros ; ¡ Dios bondadoso ! Son los cabellos de mi Colombán.

Y por la primera vez, el corazón de la joven, vacío y yerto como un sepulcro desde la muerte de Colombán, se inundó de indecible felicidad.

Tomó el bucle, lo volvió en todos sentidos, le besó mil veces, lo cubrió de lágrimas, y levantándolo hasta los labios de Fresolina :

— ¡ Tú le amabas también como un hermano, dijo ; besa sus cabellos, hermana mía !

CAPÍTULO V.

EL RETRATO DE SAN JACINTO.

La calle de Pot-de-Fer, paralela á la calle Ferou y á la calle Casette, era una de las más sombrías calles del arrabal de San Germán, en la época en que pasan los acontecimientos que contamos. La hierba crecía entre las junturas de las piedras del piso, dejando conocer bien claramente lo poco concurrida que era. Hubiérasela creído el atrio de una iglesia ó la entrada de un cementerio de aldea ; tan profunda quietud y melancólica serenidad respiraba esta calle en medio del bullicio de la ciudad.

Pero si era sombría por la parte de la calle del Vieux-Colombier, en cambio era alegre por la de Vaugirard, donde acababa. Dando por este lado al Luxemburgo, recibía todos los rayos del sol que inundaban el jardín de los

Médicis, y para un sabio, para un filósofo ó para un poeta, habitar en esta calle pequeña y silenciosa, debía ser un sueño encantado.

Aquí era, ya creemos haberlo dicho, donde fray Domingo Sarranti ocupaba el segundo piso de una casa, situada enfrente del palacio del conde Cossé de Brissac.

Los tres cuartos que componían su habitación estaban pintados al óleo, como las paredes de una celda, y con el color de la lana blanca de su hábito.

Siete ú ocho cuadros de maestros españoles, un boceto de Lesueur y otro del Dominiquino revelaban el gusto artístico del inquilino.

Aquí fué adonde Domingo se dirigió al salir de la calle de Tournón. En medio de los gritos de alegría con que saludó su llegada, el conserje le entregó una carta, cuya sola vista desanubló la austera frente del joven.

Había reconocido la letra, y esta carta era de su padre.

Domingo abrió la carta. Contenia estas líneas :

« Mi querido hijo : desde ayer noche me hallo en París, bajo el nombre de Dubreuil. Mi primera visita ha sido para tí. Me han dicho que no habías vuelto ; pero que te han remitido mi primera carta, y que por consecuencia no puedes tardar. Si llegas esta noche ó mañana por la mañana, no dejes de encontrarte el mismo día en la iglesia de la Asunción, junto al tercer pilar entrando á la izquierda. »

No tenía firma ; pero para Domingo, la febril escritura de su padre era bien conocida. Además su fuga, á consecuencia del complot del año de 1820, justificaba esta precaución.

Temía, sin duda, ser molestado, y el lector sabe ya,

gracias á la conversación de M. Jaekal con Gibassier, que estos temores no eran del todo ilusorios.

— ¡ Pobre padre mío ! decía el monje subiendo á su cuarto, porque la cita era para el mismo día á las doce, y le quedaba todavía una hora que esperar. ¡ Pobre padre ; noble y leal corazón, la edad ha pasado sobre tí, sin quitar un latido á tu pulso, ni un pensamiento generoso á tu imaginación ! Vuelves á París, en medio de peligros que conoces y de otros que ignoras, para acometer quizá alguna nueva y generosa empresa. ¡ Que Dios te conceda la recompensa de tu generosa abnegación y de tu valerosa y persistente resignación !

¡ Oh ! ¡ padre mío !... yo tengo para tí también algo que vale más que la vida, la prueba de la inocencia de un crimen que no has cometido, y de que ni siquiera sabes que has sido acusado.

Y subiendo la escalera, buscó entre los pliegues de su hábito la declaración que había recibido de Mr. Gerard en su lecho de muerte, y que había llevado consigo al partir el mismo día para la Bretaña.

Entró en su cuarto, abandonado hacia cinco semanas, y encontró, con profunda melancolía, su habitación tranquila y solitaria, fuera de la cual había sido arrastrado, como lo es el pájaro de su nido, por una ráfaga de huracán.

Un rayo de sol penetraba á través de los cristales de la ventana, llevando la vida y el calor al dormitorio del joven monje.

El dominico se dejó caer en un sillón, y allí quedó absorbido en una profunda meditación.

El reloj, á que el conserje había cuidado de dar cuerda durante la ausencia de su dueño, dió las once y media

Domingo alzó la cabeza, y su mirada, aun meditabunda, después de haber vagado un momento por los objetos que adornaban su habitación, se detuvo sobre el pálido rostro de uno de los santos que servían de objeto á los cuadros colgados en la pared.

Este rostro parecía estar iluminado por una prodigiosa luz.

Era el retrato de San Jacinto, religioso de la orden del dominico, á quien los historiadores eclesiásticos llaman el apóstol del Norte. Era de la casa de los condes de Oldovrando, una de las más antiguas é ilustres de la Silesia, que en la época de su nacimiento, es decir, en 1183, era una provincia de la Polonia.

Había una tradición en la familia de los Penhoel que decía, que uno de sus antepasados había sido hermano de armas en la primera cruzada, de uno de los abuelos de San Jacinto, y por una extraña casualidad, el dominico, á quien Colombán había contado un día esta vieja historia al pasar por los boulevares, descubrió, bajo una venerable capa de polvo, este San Jacinto, y encontrando en él cierta semejanza con Colombán, lo compró, lo llevó á su casa, y al restaurarlo y volverlo á barnizar, descubrió que era un excelente cuadro, aunque pequeño, de la escuela de Murillo, cuando no fuese de este mismo autor.

De forma que este cuadro era para él tres veces precioso.

Porque representaba un santo de su orden, porque se parecía á Colombán, y por último, porque, como ya hemos dicho, si no era del mismo Murillo, debía ser pintado por uno de los mejores y más aventajados discípulos de este maestro.

Se comprenderá, en el estado en que se hallaba el espíritu de Domingo, después de haber pasado un mes en el

castillo de Penhoel, y una hora al lado de Carmelita, se comprenderá, decimos, el efecto que debió producirle la inesperada vista de aquel cuadro, hasta entonces perfectamente olvidado.

Levantóse lentamente para acercarse á él; pero antes de hacerlo, permaneció de pie junto á la butaca, con la vista fija en el retrato.

Era él, en efecto, y jamás su semejanza había parecido á Domingo tan perfecta; la misma pureza en el rostro, la misma serenidad en la frente.

Los rubios cabellos del mártir polaco completaban aquella identidad, rodeando el semblante, como los rubios cabellos del mártir bretón rodeaban el de la suave figura del de Colombán.

Ambos habían conservado durante su vida, y á pesar de las asechanzas del mundo, la misma inocencia primitiva, la misma castidad de alma y de cuerpo.

Ambos, humildes, caritativos, sencillos, compasivos y fuertes, tenían el mismo odio al mal; profesaban el mismo ardiente amor al bien, los mismos fraternales sentimientos para todos los hombres.

Poco á poco, y á fuerza de mirar el retrato, su semejanza con Colombán le pareció tan real y extraordinaria, que en uno de aquellos éxtasis religiosos á que era propenso, dijo dirigiendo la palabra al retrato:

— Bendito seas, bueno y noble joven; ruega en el cielo por tu padre, por tu hermano y por tu hermana, como ellos oran por ti en la tierra.

Llegándose entonces al retrato, lo descolgó, dirigiéndose después á considerarlo junto á la ventana, siendo difícil decir, si en la expresión de su mirada había más ternura por el amigo, que religión por el santo.

— Sí, tú, tú eres, noble y santa criatura; y preciso es que la virtud imprima un sello indeleble en el rostro de los hombres, para que á ocho siglos de distancia, y sin que el pintor haya conocido ni á uno ni á otro, pueda yo reconocer en la frente del santo, el signo de virtud que Dios había impreso en la frente de mi amigo.

Después, asaltado por una idea repentina:

— ¡ Oh! ¡ Carmelita! murmuró.

Meditó algunos instantes.

— Sí, si, dijo, así será.

Y dejando el retrato sobre una silla, se acercó á su secreter: tomó papel y pluma, acercó una silla y meditó breves momentos, y escribió la siguiente carta:

« Permittedme, hermana mía, que os ofrezca el retrato de San Jacinto: adjunto hallaréis un manuscrito, en que hace años intenté bosquejar la vida de este santo.

» Hoy, al volver de Bretaña y al entrar en mi casa, me ha llamado la atención la misteriosa afinidad que reúne en una común semejanza el santo y el amigo á quien lloramos. Son dos hermanos del bien, dos prodigios de virtud; aceptad, hermana mía, este retrato, como una herencia de familia. »

Plegó la carta, la cerró y puso el sobre; dirigiéndose después á su biblioteca, tomó de uno de los estantes un pequeño manuscrito, en cuya primera página se leían estas palabras:

« Compendio de la vida de San Jacinto, de la orden de Santo Domingo. »

Envolviendo luego manuscrito y retrato en un pliego de papel, lo cerró todo, y viendo que eran ya las doce menos

cuarto, tomó el paquete debajo del brazo, la carta en la mano y bajó rápidamente la escalera.

Dirigióse á casa de Carmelita, y después de haberse informado por el portero del estado de la joven, le entregó la carta y el retrato, con encargo de darlos á la persona á quien iban dirigidos, y bajando en seguida por los boulevares, se dirigió por la calle del Sena y el Puente de las Artes á la iglesia de la Asunción.

Domingo, llegado por la mañana á París, ignoraba completamente lo que pasaba, y no podía comprender por qué su padre le había citado á aquella iglesia, cuando, aunque hubiera querido que la cita fuera en un edificio de esta clase, tenía á cien pasos de su casa la de San Sulpicio.

Pero al entrar en la calle Saint-Honoré y al ver un inmenso gentío que la llenaba y la fila de carruajes que empezaba más allá de la calle del Coq, y cuyo fin no se descubría, informóse del primero que halló al paso de la causa que había para tal reunión de gente.

Entonces supo que aquella muchedumbre venía para asistir al entierro del duque de la Rochefoucauld-Liancourt, muerto hacía dos días.

CAPÍTULO VI.

EL ENTIERRO DE UN NOBLE LIBERAL EN 1827.

El duque de la Rochefoucauld-Liancourt acababa de terminar, en efecto, á los ochenta años de edad, una vida de

caridad, de lealtad y de honor, que le había hecho adquirir la reputación de uno de los hombres más virtuosos, benéficos, honrados y que honraban á la Francia.

Fuesen del partido que fuesen, todos admiraban la insigne virtud del difunto duque, y desde el pobre obrero hasta el más opulento ciudadano, su nombre, pronunciado con igual veneración, significaba en los labios de todos grandeza de alma, beneficencia y probidad.

Al saber la muerte del noble duque, Domingo comprendió el sentido de aquella demostración simpática y reconocida de los habitantes de París.

Era aquella la época de las demostraciones.

Como la oposición se hallaba entonces, con muy pocas excepciones, en mayoría en todas las clases de la sociedad, se cogía al vuelo la menor ocasión, y jamás la rueda sobre que gira hizo paradas con más frecuencia.

En todo había motivo para una demostración.

Touquet inventaba las tabaqueras de la carta, y Touquet vendía quinientas mil tabaqueras. Los que no tomaban tabaco, las usaban para llevar bombones.

Era una demostración.

Pichat hacía representar á Leonidas muriendo por la libertad de Sparta, y todo el pueblo corría á hacerse estrujar en las puertas del Teatro Francés.

Era una demostración.

Moria el general Foy. Cien mil hombres seguían su féretro, y la Francia, por medio de una suscripción, regalaba á su viuda un millón.

Era otra demostración.

Por último, acababa de morir el duque de la Rochefoucauld-Liancourt. Era un hidalgo, un realista, verdad es; pero como al mismo tiempo era un liberal, se aprovechaba

la ocasión de su muerte para hacer una demostración contra los ultras y contra los jesuitas.

Así que, todas las clases de la sociedad estaban representadas en aquel gentío. Confundíanse allí la blusa y la chaqueta del obrero, la alpaca y la castorina de la clase media, el uniforme del guardia nacional, el traje del par de Francia, y la toga del magistrado.

Un mismo dolor, atrayendo á todos á un mismo terreno, rebajaba al que estaba muy alto, levantaba al humilde, mezclaba ricos y pobres, unía el militar al civil, el académico y el diputado, el magistrado y el médico.

Pero lo que más convulsivamente agitaba á aquella muchedumbre en la juventud de las escuelas, eran centenares de estudiantes, que niños aun la víspera, eran consagrados hombres por el concurso religioso que prestaban á este duelo público.

En la época de que hablamos, había todavía escuelas.

Cuando había revueltas, los buenos ciudadanos de París solían asomar la nariz por la ventana de sus casas, mirando siempre al Cuartel latino, después de lo cual decían á sus mujeres :

— Tranquilízate, Minette, esto no es nada : no veo bajar á las escuelas.

De este modo se hablaba en 1792 de los arrabales.

Solamente que cuando los arrabales bajaban, como en el 5 de Agosto, 6 de Octubre, 20 de Junio y 10 de Agosto, no era más que añadir más fuerza á la fuerza.

En tanto que, cuando bajaban las escuelas, como en el 28 de Julio ó en el 5 de Junio, era la inteligencia quien venía en apoyo de la fuerza.

Así que, cuando un ciudadano oía su canto lejano resonar como un trueno, en la cima de aquella montaña, llamada

la calle de Santiago, entonces perdía toda esperanza de ver serenarse el horizonte político, como decía poéticamente *el Constitucional*, y cerraba sus puertas, barricaba las puertas y ventanas de sus tiendas, y aun los más perezosos solían bajarse á sus cuevas, gritando :

¡ Sálvese quien pueda !... ¡ hijos míos, que bajan las escuelas !

El nombre de escuelas significaba juventud, independencia, valor y fuerza.

Y acaso también turbulencia y apasionamiento.

Y en verdad, ¿ era aquella la misión que había recibido ?

Esperándola, todos aquellos jóvenes de diez y ocho á veinte años, enviados por sus madres desde el fondo de su país, infundían valor á los más débiles, y alentaban á los más tímidos. Siempre prontos á combatir por una palabra, á morir por una idea, por un principio, asemejábanse á los jóvenes espartanos, cuyas severas virtudes profesaban, aunque bajo una más ligera forma.

Iban á una asonada bailando, combatían cantando y morían sonriendo.

Pero no era para ir á un motín por lo que (sirvanos la palabra consagrada por el uso) habían bajado este día. No bailaban, no cantaban, no sonreían. En su rostro juvenil, pensativo y triste veíanse las señales de la aflicción que causa en el corazón de todo buen ciudadano la muerte de un hombre virtuoso y justo.

Distinguiase entre ellos una diputación de los discípulos de la escuela de Artes y Oficios de Chalons, que venía á asistir á los funerales de su bienhechor : porque entre otros títulos que tenía al respeto y consideración de sus conciudadanos, el duque de la Rochefoucauld-Liancourt ostentaba el de fundador de la escuela de Artes y Oficios de Chalons.

Costóle algún trabajo al monje dominico abrirse paso en aquel mar de gente.

Llegado á las escuelas, los jóvenes, al ver aquel bello sacerdote, que les llevaba á lo más cuatro ó cinco años, á quien la mayor parte de ellos le conocian, se apartaron respetuosamente para dejarle pasar.

Después de media hora de lucha, pudo llegar al fin á la verja de la iglesia, en el momento en que los carruajes del duelo, saliendo del palacio del difunto, situado en la calle Saint-Honoré, comenzaba á aparecer á lo lejos, como una fúnebre flota empabesada de negro, hendiendo las olas humanas de aquella apiñada multitud.

En este momento, el dominico, que atravesaba un grupo, oyó á un hombre vestido de negro, con gasa en el brazo, decir á media voz:

— Conque nada, ni antes ni durante la ceremonia, ¿entendéis?

— ¿Y después? preguntó uno de los que con él estaban.

— Se les dirá que se vayan.

— ¿Si no obedecen?

— Se les prende.

— ¿Si resisten?

— ¿No lleváis vuestros bastones?

— No que no.

— Pues bien, hacéis uso de ellos.

— ¿Y la señal?

— La darán ellos mismos... cuando se empeñen en llevar el cuerpo.

— ¡Chist!... dijo uno: ¡hé ahí un fraile que nos escucha!

— ¡Bah!... ¿qué importa? ¿acaso los curas no son de los nuestros?

Domingo hizo un movimiento como para rechazar tan extraña solidaridad.

Pero se acordó que su padre le esperaba, que pesaba sobre él una doble acusación, y que era preciso, en cuanto fuese posible, no atraer la atención, no sólo sobre su padre, sino hasta sobre él.

En su consecuencia, calló.

Solamente su valor, que se había revelado al oír aquellas palabras, le hizo casi murmurar, también á él, algunas palabras, al ver la facha de los dos agentes.

Volvió á emprender su marcha, interrumpida á la fuerza, y creyó reconocer entre la gente á un gran número de individuos, que le parecieron ser también polizontes.

Llegó por fin al pórtico de la iglesia de la Asunción.

Su traje, que le había abierto paso por entre los estudiantes, le sirvió mucho mejor en las inmediaciones de la iglesia.

Apartábanse delante de él, y pudo entrar.

Á la primera miradá descubrió, pegado al tercer pilar de la izquierda, inmóvil como una estatua, á su padre, cuyos ojos estaban fijos en la puerta.

Era evidente que le esperaba.

Domingo le reconoció al primer golpe de vista, aun cuando hacia ya siete años que no lo había visto.

En nada había cambiado; conservaba aún el mismo brillo en la mirada, la misma resolución en su rostro, el mismo vigor en toda su persona.

Solamente sus cabellos habían encanecido, y su piel se había puesto más morena al contacto del sol de la India.

Domingo marchó derecho á su padre con intención de abrazarle. Pero antes que hubiera andado la mitad del camino, Mr. Sarranti se puso un dedo sobre los labios, para indicarle la más completa discreción.

El dominico comprendió que era preciso ser, ostensiblemente al menos, completamente extraño á su padre. Así que, cuando estuvo á su lado, en vez de abrazarle, de hablarle, ó de alargarle solamente la mano, se arrodilló junto al pilar, y después de haber dado gracias á Dios, cogió la mano que su padre había dejado caer, y besándola con fervor y respeto, se contentó con pronunciar estas dos palabras, que lo mismo podían dirigirse á Dios que aquel á cuyos pies se hallaba:

— ¡ Padre mío !

CAPÍTULO VII.

LO QUE PASABA EN LA IGLESIA DE LA ASUNCIÓN EL 30 DE MARZO DEL AÑO DE GRACIA DE 1827.

La iglesia de la Asunción, cuya construcción se remonta al año de 1670, es sin disputa uno de los más vulgares y feos monumentos de París.

La forma es también muy mala; representa una cruz cubierta con un inmenso domo de sesenta y dos pies de diámetro; es una cosa semejante á la *Halle aux blés*, de modo que dice Legrand en su *Descripción de París y de sus edificios*: « Siendo este monumento demasiado elevado para su diámetro, el interior presenta el aspecto de un profundo pozo, más bien que la gracia de una cúpula bien proporcionada. »

Antes de que fuese erigida en iglesia parroquial, la Asunción era un convento de religiosas.

Las hermanas que habitaban este convento se llamaban las *Haudriettes*. En sus primeros tiempos estaban encargadas de asistir en un hospital de mujeres pobres. Poco á poco, el hospital se convirtió en convento, y desde entonces vivieron como comunidad religiosa.

La conducta de esas religiosas no siempre fué muy arreglada, y muchas veces, aunque en vano, se trató de reformar su casa. Por fin, el cardenal de la Rochefoucauld se empeñó en reformarlas y trasladarlas á un palacio que había tenido en el arrabal de Saint-Honoré, que en 1605 había vendido á los jesuitas, y que éstos, por contrato celebrado en 3 de Febrero de 1625, volvieron á vender á las religiosas Haudriettes.

Seis meses hacía ya que estaban establecidas allí, cuando se les suprimió el nombre de Haudriettes, para sustituirlo con el de Asunción.

No pareciéndoles suficiente á las monjas la capilla de su nuevo convento, compraron á un tal Desnoyers su casa, é hicieron empezar, en 1670, la construcción de su iglesia, que fué concluida seis años después.

En el momento en que el fúnebre cortejo se disponía á dejar la casa mortuoria para dirigirse á la iglesia, los antiguos discípulos de la escuela de Chalons, que Mr. de Liancourt había fundado, pidieron que se les dejase llevar el féretro de uno de sus bienhechores.

Uno de los ministros de Carlos X, el señor duque de la Rochefoucauld-Doudeauville, próximo pariente del difunto, que debía llevar una de las cintas, concedió el permiso á nombre de la familia.

El cortejo se puso en marcha lenta y solemnemente, llegando en el mayor orden á la iglesia.

La gente, apretada contra ambos lados de la calle, tran-